

The background of the cover is a detailed illustration of an ancient, dimly lit crypt. It features several large, weathered stone pillars supporting a vaulted ceiling. The floor is made of large, irregular stone tiles, with a bright, glowing yellow light emanating from a circular opening in the foreground. The overall atmosphere is mysterious and atmospheric, with a color palette dominated by earthy browns, greys, and a touch of yellow light.

H. P. Lovecraft

En la Cripta

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EN LA CRIPTA

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1925
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EN LA CRIPTA

H. P. LOVECRAFT

No hay nada más absurdo, desde mi punto de vista, que esa asociación convencional de lo casero y lo sano que parece impregnar la psicología de la multitud. Si se menciona un entorno bucólico yanqui, un enterrador de pueblo torpe y de fibra gruesa, y un descuido en una tumba, ningún lector medio puede esperar algo más que una fase de comedia cordial aunque grotesca. Sin embargo, Dios sabe que la historia prosaica que la muerte de George Birch me permite contar tiene aspectos al lado de los cuales algunas de nuestras tragedias más oscuras son livianas.

Birch sufrió una limitación y cambió de negocio en 1881, pero nunca habló del caso cuando pudo evitarlo. Tampoco lo hizo su antiguo médico, el Dr. Davis, que murió hace años. Generalmente se decía que la aflicción y la conmoción eran el resultado de un desafortunado desliz en el que Birch se había encerrado durante nueve horas en la tumba receptora del cementerio de Peck Valley, escapando sólo por toscos y desastrosos medios mecánicos; pero aunque esto era indudablemente cierto, había otras cosas más negras que el hombre solía susurrarme en su delirio de borracho hacia el final. Me confiaba porque yo era su médico, y porque probablemente sentía la necesi-

dad de confiar en alguien más después de la muerte de Davis. Era soltero y no tenía ningún pariente.

Birch, antes de 1881, había sido el enterrador del pueblo de Peck Valley; y era un espécimen muy calloso y primitivo, incluso en lo que respecta a tales especímenes. Las prácticas que oí que se le atribuían serían increíbles hoy en día, al menos en una ciudad; e incluso Peck Valley se habría estremecido un poco si hubiera conocido la fácil ética de su artista funerario en asuntos tan discutibles como la propiedad de costosas prendas de "colocación" invisibles bajo la tapa del ataúd, y el grado de dignidad que debe mantenerse al posar y adaptar los miembros invisibles de los inquilinos sin vida a recipientes no siempre calculados con la más sublime precisión. En definitiva, Birch era flojo, insensible y profesionalmente indeseable; sin embargo, sigo pensando que no era un hombre malvado. Era simplemente burdo de fibra y función: irreflexivo, descuidado y licencioso, como lo demuestra su accidente fácilmente evitable, y sin ese mínimo de imaginación que mantiene al ciudadano medio dentro de ciertos límites fijados por el gusto.

Me cuesta decidir por dónde empezar la historia de Birch, ya que no soy un experto en contar historias. Supongo que habría que empezar en el frío diciembre de 1880, cuando el suelo se congeló y los enterradores descubrieron que no podían cavar más tumbas hasta la primavera. Afortunadamente, el pueblo era pequeño y la tasa de mortalidad baja, por lo que fue posible dar a todas las cargas inanimadas de Birch un refugio temporal en la única y anticuada tumba de recepción. El sepulturero se volvió doblemente letárgico con el clima amargo, y parecía superarse a sí mismo en cuanto a descuido. Nunca había armado ataúdes más endebles y desgarrados, ni había despreciado de forma más flagrante las necesidades de la oxidada cerradura de la puerta de la tumba, que abría y cerraba de golpe con tanta despreocupación.

Por fin llegó el deshielo primaveral, y las tumbas se prepararon laboriosamente para las nueve cosechas silenciosas de la sombría parca que esperaba en la tumba. Birch, aunque temiendo la molestia de la mudanza y el entierro, comenzó su tarea de transferencia una desagradable mañana de abril, pero cesó antes del mediodía debido a una fuerte lluvia que parecía irritar a su caballo, después de haber puesto sólo un inquilino mortal a su descanso permanente. Se trataba de Darius Peck, el nonagenario, cuya tumba no estaba lejos del sepulcro. Birch decidió que comenzaría al día siguiente con el

pequeño y viejo Matthew Fenner, cuya tumba también estaba cerca; pero en realidad pospuso el asunto durante tres días, no poniéndose a trabajar hasta el Viernes Santo, el día 15. Como no era supersticioso, no le prestó atención a ese día, aunque desde entonces se negó a hacer nada importante en ese fatídico sexto día de la semana. Ciertamente, los acontecimientos de esa noche cambiaron mucho a George Birch.

La tarde del viernes 15 de abril, pues, Birch partió hacia la tumba con caballo y carro para trasladar el cuerpo de Matthew Fenner. Admitió posteriormente que no estaba perfectamente sobrio, aunque entonces no había empezado a beber al por mayor, con lo que más tarde trató de olvidar ciertas cosas. Sólo estaba lo suficientemente mareado y descuidado como para molestar a su sensible caballo, que mientras lo arrastraba con saña hacia la tumba relinchaba y daba zarpazos y sacudía la cabeza, como en aquella ocasión anterior en que la lluvia lo había irritado. El día estaba despejado, pero se había levantado un fuerte viento; y Birch se alegró de poder refugiarse cuando abrió la puerta de hierro y entró en la bóveda de la colina. A otra persona no le habría gustado la cámara húmeda y olorosa con los ocho ataúdes descuidadamente colocados; pero Birch en aquellos días era insensible, y sólo se preocupaba por conseguir el ataúd adecuado para la tumba adecuada. No había olvidado las críticas suscitadas cuando los familiares de Hannah Bixby, al querer transportar su cuerpo al cementerio de la ciudad al que se habían trasladado, encontraron el ataúd del juez Capwell bajo su lápida.

La luz era tenue, pero la vista de Birch era buena, y no cogió el ataúd de Asaph Sawyer por error, aunque era muy parecido. En efecto, había hecho ese ataúd para Matthew Fenner; pero lo había desechado al final por considerarlo demasiado torpe y endeble, en un arrebato de curioso sentimentalismo despertado al recordar lo amable y generoso que había sido el ancianito con él durante su bancarrota cinco años antes. Le dio al viejo Matt lo mejor que su habilidad podía producir, pero fue lo suficientemente ahorrativo como para guardar el ejemplar rechazado y utilizarlo cuando Asaph Sawyer murió de una fiebre maligna. Sawyer no era un hombre adorable, y se contaban muchas historias sobre su vindicta casi inhumana y su tenaz memoria para los agravios reales o imaginarios. Birch no había sentido ningún reparo en asignarle el ataúd descuidado que ahora empujaba en su búsqueda del ataúd de Fenner.

Justo cuando reconoció el ataúd del viejo Matt, la puerta se cerró de golpe con el viento, dejándole en una penumbra aún más profunda que antes. El estrecho travesaño sólo admitía los rayos más débiles, y el embudo de ventilación superior prácticamente ninguno, por lo que se vio reducido a un profano tanteo mientras se abría paso entre las largas cajas hacia el pestillo. En este crepúsculo fúnebre, hizo sonar las manillas oxidadas, empujó los paneles de hierro y se preguntó por qué el enorme portal se había vuelto tan repentinamente recalcitrante. También en este crepúsculo empezó a darse cuenta de la verdad y a gritar en voz alta como si su caballo, que estaba fuera, pudiera hacer algo más que relinchar una respuesta poco comprensiva. Porque el pestillo, descuidado durante mucho tiempo, estaba evidentemente roto, dejando al descuidado enterrador atrapado en la bóveda, víctima de su propio descuido.

El hecho debió de ocurrir hacia las tres y media de la tarde. Birch, de temperamento flemático y práctico, no gritó mucho, sino que procedió a buscar a tientas unas herramientas que recordaba haber visto en un rincón de la tumba. Es dudoso que el horror y la exquisita extrañeza de su situación le conmovieran en absoluto, pero el mero hecho de estar encarcelado tan lejos de los caminos cotidianos de los hombres fue suficiente para exasperarle por completo. Su trabajo del día estaba tristemente interrumpido, y a menos que el azar trajera pronto a algún vagabundo, podría tener que quedarse toda la noche o más. Alcanzada la pila de herramientas, y seleccionados un martillo y un cincel, Birch volvió sobre los ataúdes a la puerta. El aire había comenzado a ser sumamente malsano, pero no prestó atención a este detalle mientras se afanaba, medio a tientas, en el pesado y corroído metal del pestillo. Habría dado mucho por una linterna o un poco de vela, pero a falta de éstas, se las arregló como pudo sin ver nada.

Cuando se dio cuenta de que el pestillo era irremediablemente inflexible, al menos para unas herramientas tan escasas y en unas condiciones tan tenebrosas como aquellas, Birch miró a su alrededor en busca de otros posibles puntos de escape. La bóveda había sido excavada en la ladera de una colina, de modo que el estrecho embudo de ventilación de la parte superior atravesaba varios metros de tierra, por lo que era totalmente inútil considerar esta dirección. Sobre la puerta, sin embargo, el alto travesaño en forma de hendidura en la fachada de ladrillo prometía una posible ampliación a un trabajador diligente; por lo tanto, sus ojos se posaron durante mucho tiempo en

esto mientras se devanaba los sesos buscando los medios para llegar a ella. No había nada parecido a una escalera en la tumba, y los nichos para ataúdes en los laterales y en la parte trasera -que Birch rara vez se tomaba la molestia de utilizar- no permitían subir al espacio que había sobre la puerta. Sólo quedaban los propios ataúdes como posibles peldaños, y mientras los consideraba especuló sobre el mejor modo de transportarlos. Calculó que tres alturas de ataúd le permitirían llegar al travesaño, pero podría hacerlo mejor con cuatro. Las cajas eran bastante uniformes, y podían apilarse como bloques; así que empezó a calcular cómo podría utilizar las ocho de la manera más estable para levantar una plataforma escalable de cuatro de profundidad. Mientras planificaba, no podía dejar de desear que las unidades de su escalera contemplada hubieran sido más seguras. Pero hay que dudar de que tuviera la suficiente imaginación como para desear que estuvieran vacías.

Finalmente, decidió colocar una base de tres paralela a la pared, y sobre ella dos capas de dos cada una, y sobre éstas una sola caja que sirviera de plataforma. Esta disposición podría ascender con un mínimo de incomodidad y proporcionaría la altura deseada. Mejor aún, sin embargo, utilizaría sólo dos cajas de la base para sostener la superestructura, dejando una libre para ser apilada en la parte superior en caso de que la hazaña real de la fuga requiriera una altura aún mayor. Y así, el prisionero se afanó en el crepúsculo, levantando con poca ceremonia los restos de mortalidad que no respondían mientras su Torre de Babel en miniatura se elevaba curso a curso. Varios de los ataúdes empezaron a partirse por la tensión de la manipulación, y planeó guardar el robusto ataúd del pequeño Matthew Fenner para la parte superior, a fin de que sus pies tuvieran una superficie lo más segura posible. En la penumbra confió sobre todo en el tacto para seleccionar el correcto, y de hecho dio con él casi por accidente, ya que cayó en sus manos como por una extraña voluntad después de haberlo colocado involuntariamente junto a otro en la tercera capa.

Terminada la torre, y con los brazos doloridos descansados por una pausa durante la cual se sentó en el escalón inferior de su lúgubre dispositivo, Birch ascendió cautelosamente con sus herramientas y se situó frente al estrecho travesaño. Los bordes del espacio eran enteramente de ladrillo, y no parecía haber duda de que en breve podría cincelar lo suficiente para permitir el paso de su cuerpo. Cuando sus golpes de martillo empezaron a caer, el

caballo que estaba fuera relinchó en un tono que pudo haber sido alentador y para otros pudo haber sido burlón. En cualquiera de los dos casos habría sido apropiado; porque la inesperada tenacidad de los ladrillos de aspecto fácil era sin duda un comentario sardónico sobre la vanidad de las esperanzas mortales, y el origen de una tarea cuya realización merecía todos los estímulos posibles.

Al anochecer, Birch seguía trabajando. Ahora trabajaba en gran medida con el tacto, ya que las nubes recién reunidas ocultaban la luna; y aunque el progreso era todavía lento, se sintió animado por la extensión de sus avances en la parte superior e inferior de la abertura. Estaba seguro de que podría salir antes de la medianoche, aunque es característico de él que este pensamiento no tenga implicaciones espeluznantes. Sin dejarse perturbar por las opresivas reflexiones sobre la hora, el lugar y la compañía que tenía bajo sus pies, fue desprendiendo filosóficamente el pedregoso ladrillo; maldiciendo cuando un fragmento le golpeaba en la cara, y riendo cuando uno golpeaba al cada vez más excitado caballo que daba zarpazos cerca del ciprés. Con el tiempo, el agujero se hizo tan grande que se aventuró a probar su cuerpo en él de vez en cuando, moviéndose de forma que los ataúdes bajo él se balanceaban y crujían. Descubrió que no tendría que amontonar otro en su plataforma para conseguir la altura adecuada, ya que el agujero estaba en el nivel exacto para utilizarlo en cuanto su tamaño lo permitiera.

Debía ser por lo menos medianoche cuando Birch decidió que podía pasar por el travesaño. Cansado y transpirado a pesar de los muchos descansos, descendió al suelo y se sentó un rato en la caja inferior para reunir fuerzas para el último escurrimiento y el salto al suelo del exterior. El hambriento caballo relinchaba repetida y casi misteriosamente, y él deseaba vagamente que dejara de hacerlo. Curiosamente, no se sentía cómodo con su inminente huida, y casi temía el esfuerzo, ya que su forma tenía la indolente robustez de la edad madura. Cuando volvió a subir a los ataúdes que se estaban partiendo, sintió su peso de manera muy conmovedora; especialmente cuando, al llegar al más alto, oyó ese agravado crujido que indica el desgarrro de la madera al por mayor. Al parecer, había planeado en vano al elegir el ataúd más robusto para la plataforma, pues apenas se encontraba con todo su peso sobre él, la tapa podrida cedió, haciéndole caer a medio metro de profundidad sobre una superficie que ni siquiera él se imaginaba. Enloquecido por el sonido, o por el hedor que se extendió hasta el aire libre, el caba-

llo que lo esperaba dio un grito demasiado frenético para ser un relincho, y se precipitó locamente a través de la noche, con el vagón traqueteando locamente detrás de él.

Birch, en su espantosa situación, estaba ahora demasiado bajo para salir con facilidad por el travesaño ampliado; pero reunió sus energías para intentarlo con determinación. Agarrándose a los bordes de la abertura, trató de levantarse, cuando notó un extraño retraso en forma de un aparente arrastre en sus dos tobillos. En otro momento conoció el miedo por primera vez en la noche, pues por más que luchara, no podía librarse del desconocido agarre que mantenía sus pies en implacable cautiverio. Horribles dolores, como de heridas salvajes, le atravesaban las pantorrillas; y en su mente había un vórtice de espanto mezclado con un materialismo inextinguible que sugería astillas, clavos sueltos o algún otro atributo de una caja de madera que se rompía. Tal vez gritó. En cualquier caso, pataleó y se retorció frenética y automáticamente mientras su conciencia se eclipsaba en un medio desmayo.

El instinto lo guió en su retorcimiento a través del travesaño, y en el gajeo que siguió a su estrepitoso golpe en el suelo húmedo. No podía caminar, al parecer, y la luna emergente debió de ser testigo de un espectáculo horrible mientras arrastraba sus tobillos sangrantes hacia el pabellón del cementerio; sus dedos arañaban el moho negro con una prisa descerebrada, y su cuerpo respondía con esa lentitud enloquecedora que se sufre cuando se persigue a los fantasmas de la pesadilla. Sin embargo, es evidente que no había ningún perseguidor, porque estaba solo y vivo cuando Armington, el guardián de la cabaña, respondió a sus débiles arañazos en la puerta.

Armington ayudó a Birch a colocarse en el exterior de una cama libre y envió a su pequeño hijo Edwin a buscar al doctor Davis. El hombre afligido estaba plenamente consciente, pero no decía nada de importancia, limitándose a murmurar cosas como "¡Oh, mis tobillos!", "¡Suéltame!" o "Enciérrate en la tumba". Entonces llegó el médico con su maletín de medicinas y le hizo unas preguntas muy precisas, y le quitó al paciente la ropa exterior, los zapatos y los calcetines. Las heridas -pues ambos tobillos estaban terriblemente lacerados a la altura de los tendones de Aquiles- parecían desconcertar mucho al viejo médico y, finalmente, casi lo asustaron. Sus preguntas se volvieron más que tensas desde el punto de vista médico, y sus manos

temblaban mientras vendaba los miembros destrozados; los ataba como si quisiera quitar las heridas de la vista lo antes posible.

Para ser un médico impersonal, el ominoso y asombrado interrogatorio de Davis se hizo muy extraño al tratar de sonsacar al debilitado enterrador hasta el más mínimo detalle de su horrible experiencia. Estaba extrañamente ansioso por saber si Birch estaba seguro -absolutamente seguro- de la identidad del ataúd más alto de la pila; cómo lo había elegido, cómo había estado seguro de que era el ataúd de Fenner en el crepúsculo, y cómo lo había distinguido del duplicado inferior del vicioso Asaph Sawyer. ¿Habría cedido tan fácilmente el firme ataúd de Fenner? Davis, un veterano médico del pueblo, había visto, por supuesto, a ambos en sus respectivos funerales, como de hecho había asistido tanto a Fenner como a Sawyer en sus últimas enfermedades. Incluso se había preguntado, en el funeral de Sawyer, cómo el vengativo granjero se las había arreglado para estar recto en un palco tan parecido al del diminuto Fenner.

Después de dos horas completas, el doctor Davis se marchó, instando a Birch a insistir en todo momento en que sus heridas habían sido causadas enteramente por clavos sueltos y astillas de madera. ¿Qué otra cosa, añadió, podría probarse o creerse en cualquier caso? Pero sería bueno decir lo menos posible y no dejar que ningún otro médico tratara las heridas. Birch siguió este consejo todo el resto de su vida hasta que me contó su historia; y cuando vi las cicatrices -antiguas y blanqueadas como estaban entonces- estuve de acuerdo en que era sabio al hacerlo. Siempre permaneció cojo, porque los grandes tendones habían sido cortados; pero creo que la mayor cojera estaba en su alma. Sus procesos de pensamiento, antes tan flemáticos y lógicos, se habían convertido en cicatrices inefables; y era lamentable observar su respuesta a ciertas alusiones fortuitas como "viernes", "tumba", "ataúd" y palabras de concatenación menos obvia. Su caballo asustado se había ido a casa, pero su ingenio asustado nunca lo hacía del todo. Cambió de negocio, pero algo siempre le acechaba. Puede que fuera sólo miedo, y puede que fuera miedo mezclado con una extraña y tardía especie de remordimiento por las crudezas del pasado. Su forma de beber, por supuesto, sólo agravaba lo que pretendía aliviar.

Cuando el Dr. Davis dejó a Birch aquella noche, cogió una linterna y se dirigió a la vieja tumba receptora. La luna brillaba sobre los fragmentos de ladrillo esparcidos y la fachada estropeada, y el pestillo de la gran puerta

cedía fácilmente a un toque desde el exterior. Acorazado por las viejas experiencias en las salas de disección, el doctor entró y miró a su alrededor, sofocando las náuseas de mente y cuerpo que le provocaba todo lo que veía y oía. Lloró en voz alta una vez, y poco después dio un grito ahogado que fue más terrible que un grito. Luego huyó de vuelta a la cabaña y rompió todas las reglas de su vocación despertando y sacudiendo a su paciente, y lanzándole una sucesión de estremecedores susurros que calaron en los desconcertados oídos como el siseo del vitriolo.

"¡Era el féretro de Asaf, Birch, tal y como pensaba! Conocí sus dientes, con los delanteros perdidos en la mandíbula superior; ¡nunca, por el amor de Dios, muestre esas heridas! El cuerpo estaba bastante mal, pero si alguna vez vi la venganza en algún rostro -o antiguo rostro-... Ya sabes que era un demonio de la venganza: cómo arruinó al viejo Raymond treinta años después de su pleito de límites, y cómo pisó al cachorro que se le echó encima hace un año, el pasado agosto... Era el diablo encarnado, Birch, y creo que su furia de ojo por ojo podría vencer al mismísimo Padre Muerte. ¡Dios, qué furia! ¡Odio que me apunten a mí!

"¿Por qué lo hiciste, Birch? Era un canalla, y no te culpo por haberle dado un ataúd de fundición, ¡pero siempre fuiste demasiado lejos! Lo suficiente como para escatimar en la cosa de alguna manera, pero ya sabías lo poco hombre que era el viejo Fenner.

"Nunca me sacaré la imagen de la cabeza mientras viva. Pateaste fuerte, pues el ataúd de Asaf estaba en el suelo. Su cabeza estaba rota, y todo estaba revuelto. He visto vistas antes, pero aquí había una cosa de más. ¡Ojo por ojo! Cielo santo, Birch, pero tuviste tu merecido. El cráneo me revolvió el estómago, pero lo otro fue peor: ¡esos tobillos cortados limpiamente para encajar en el ataúd de Matt Fenner!"